

Johann Karl Wezel, *Robinson Crusoe*. Estudio introductorio, traducción y notas de Martín Ignacio Koval. Madrid: Guillermo Escolar 2022. 248 pp.

La publicación de *Robinson Crusoe* (Daniel Defoe) en 1719 fue todo un acontecimiento literario. A las muchas reediciones y traducciones que vivió la obra durante la década de 1720, le siguieron innumerables réplicas o epígonos en todas las literaturas europeas. En este contexto, por ejemplo, se enmarca la bien conocida *Isla de Felsenburg* de J. G. Schnabel, al que se atribuye haber acuñado el término “*robinsonade*” para este tipo de relatos de naufragos; el *Crusoe* tampoco pasó desapercibido a J. J. Rousseau, que en su *Emilio* incluso recomendó que esta fuera la única obra que leyeran los niños educados fuera de la civilización. Habiendo estudiado a Defoe y a Rousseau, Johann Karl Wezel (1747-1819), en 1779, se lanzó a la redacción de su propia *robinsonade*. De todo esto da debida cuenta Martín Ignacio Koval, autor del prólogo y traductor de la edición del *Robinson Krusoe* de Wezel que, con gran acierto y gusto, acaba de ver la luz en la editorial Guillermo Escolar. Bien hecho, dicho sea de antemano, haber conservado la “K” del protagonista en la versión alemana para diferenciarlo del *Crusoe* de Defoe.

Dado que Wezel no es uno de los autores más conocidos de la literatura alemana, podría pensarse que este *Krusoe* pudiera ser una mera *robinsonade* más, pero no es así. El *Krusoe* de Wezel es un texto singular y valioso, a pesar de ser un epígono, y un testimonio importante de una generación muy singular: aquella entre la eclosión de la primera *Aufklärung* y los nuevos sentires del *Sturm und Drang*. Por todo ello, entre los aspectos más reseñables de esta edición hay que citar ante todo dos: primero, el simple hecho de haber escogido una obra de estas características para su traducción; y, segundo, haberla dotado de una valiosa contextualización y algunas puntuales notas explicativas a pie de página.

Leyendo una *robinsonade* como el *Krusoe* entendemos mejor esta época y el impacto que causó el *Crusoe* de Defoe. Los sugiere el propio Wezel en el primero de sus dos valiosos prefacios cuando define la vida del protagonista como “una historia de la humanidad en pequeño, un retrato en miniatura de las diversas etapas que ha ido atravesando el ser humano” (p. 44). Aquí reside, según Wezel, la diferencia esencial con su modelo: “señalar e introducir con claridad en la propia historia estos estadios del desarrollo” (p. 45). Es también el propio autor quien explica que no estamos ante un texto poético por sí mismo, sino ante una reflexión de tintes pedagógicos: el texto, que inicialmente fue concebido para ser una novela por fascículos para jóvenes, con el paso del tiempo se terminó convirtiendo en una novela con entidad conjunta para adultos (pp. 44 y ss.).

Este proceso creativo, no obstante, se aprecia también en la lectura. Así, frente a una primera parte (1779) más bien entretenida y aventurera, en la que se narran las aventuras de Krusoe en la isla, sigue una segunda parte más teórica (1780) donde se trata el devenir de la isla una vez Krusoe la abandonó. También narratológicamente hay diferencias. Un narrador omnisciente expone la acción durante el primer capítulo (recordemos que el *Crusoe* de Defoe está en primera persona); el mismo narrador, en el segundo capítulo, cede la palabra a un español que homodiegéticamente expone en primera persona los acontecimientos. Cierra el libro una “Historia de la colonia” de tintes enciclopédicos, equivalente casi a una exposición científica, aunque igualmente con un estilo próximo al de la ficción.

Aunque el *Krusoe* de Wezel es inglés y habla inglés, el autor no deja pasar por alto desde la primera línea que “[l]a familia de Robinson procedía originariamente de Alemania: su padre había nacido en Bremen, ciudad que luego abandonó para afincarse en Inglaterra, donde ganó mucho dinero en el comercio, eligiendo la ciudad de York como sitio para pasar el resto de su vida” (p. 49). Recordemos el comienzo del *Crusoe*: “I was born in the year 1632, in the city of York, of a good family, though not of that country, my father being a foreigner of Bremen, who settled first at Hull: he got a good estate by merchandise, and leaving off his trade, lived afterwards at York”. Detalles como este ponen de manifiesto lo mucho que Wezel estudió el mito de Crusoe: un trabajo que hoy, gracias a la introducción de Koval, podemos reconstruir con más facilidad. La evolución de la historia en sí, no obstante, incurre en contradicciones o escenas chirriantes. Sucede por ejemplo con la relación de Krusoe con la naturaleza, a veces de comunión, a veces más bien de rivalidad: por un lado se dice que en su soledad, Robinson entró “en el estadio más pacífico en el que jamás se haya encontrado la humanidad: en el de la vida pastoril” (p. 97); más adelante, sin embargo, la isla quedó como un recuerdo “arduo” y Robinson “se despidió íntimamente conmovido del sitio donde había sufrido tantas inquietudes, carencias, peligros y dificultades, y donde, aun en medio de la necesidad, había pasado algunas horas alegres” (p. 131). Así, casi como si estuviéramos leyendo las diferentes entradas de la novela por fascículos, a veces vemos a un Robinson

fundido con la naturaleza y, en otras ocasiones, desesperado e intimidado por ella. Ante estas irregularidades, ciertamente, el traductor tiene una labor ímproba.

El texto, no siempre coherente, se atasca muchas veces en el relato o, por momentos, pierde sencillamente intensidad dramática. Así, giros de belleza extrema, muy próximos al *Sturm und Drang*, se entremezclan con un estilo todavía más propio de la *Aufklärung*. Se ve bien en el momento en el que Krusoe intenta cazar un ave rapaz: “Un gran pájaro que estaba sentado en la rama de un árbol y lo aguardaba sin temor lo incitó a comenzar la primera guerra en este sitio solitario; le disparó, y como era de presumir que este disparo fuera el primero en esta región desde la Creación, todo el bosque se puso en movimiento: de todas partes salían volando bandadas enteras de pájaros con ruidosos graznidos y chillidos que daban vueltas por el cielo como un ejército al que unos cañonazos han anunciado la proximidad del enemigo; no obstante, no vio ninguno cuyo trino, color o forma le fueran conocidos” (p. 69). En esta frase se pone de manifiesto el estilo del libro y de la traducción, que exige una lectura atenta para no obviar muchas de sus bellas imágenes.

Entre los pocos aspectos negativos de la edición cabría señalar que en la bibliografía del prefacio no se cite cómo y dónde podemos leer a Wezel en nuestros días en alemán, y si hay acaso reediciones o diferentes versiones de los textos; tampoco queda del todo claro a partir de qué edición se traduce la obra, y si se consideraron para ello los primeros fascículos (cf. pp. 19s). Este tipo de informaciones, sin duda, servirían para ensalzar mejor el mérito que tiene esta edición y, quizás, mover a otros editores a difundirla en otras lenguas, o quizás incluso a reeditarla en alemán.

A pesar de todo ello, el balance global es extremadamente positivo. Se esperan con ganas estudios más profundos, ojalá del propio Koval, que contrasten esta *robinsonade* con otras obras similares y, sobre todo, que analicen en profundidad la imagen negativa de los españoles expuesta aquí. Recuérdese que el gran peso de la segunda parte recae, en efecto, en el discurso de un español.

Alfonso Lombana Sánchez
<https://orcid.org/0000-0002-2982-544X>